Avatares de una creencia fracturada
En torno al último libro de Manuel Fraijó

Antonio García Santesmases*

Han pasado los meses desde que Javier Muguerza, José Antonio Marina, José Gómez Caffarena y yo mismo presentamos el libro de Manuel Fraijó *Dios, el mal y otros ensayos*[1] en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes. Fue una presentación a la que acudió mucho público y en ella se suscitaron cuestiones de gran interés. Algunas de ellas pueden servir para continuar meses después una reflexión por escrito sobre la obra de Manolo Fraijó.

El libro aparece dedicado a la Facultad de Filosofía de la UNED en la que Fraijó ejerce como catedrático de filosofía de la religión y en la que ha sido elegido decano. Este dato puede servir para situar en parte su esfuerzo intelectual durante los últimos tiempos. Son ya muchos los años que lleva dedicado a articular un discurso entre la filosofía y la teología acerca del hecho religioso. En un momento de la obra Fraijó cita un texto de Unamuno donde dice desconfiar de todos aquellos que están preocupados únicamente por los aspectos sociales y políticos de la religión y olvidan su dimensión metafísica. No es éste el caso de Fraijó ya que, si por algo se caracteriza su obra, es por no permitir la disolución del fenómeno religioso en otras instancias, por no aceptar la reducción de la religión a ética.

En un momento donde se discute ardorosamente acerca de los derechos civiles, los matrimonios homosexuales y la eutanasia, y donde se llenan páginas y páginas en torno a la enseñanza confesional de la religión y a la laicidad del Estado es muy recomendable leer un libro como éste. Fraijó recuerda que hemos sido un país sin teología, por lo cual ni sabíamos en que creíamos cuando la creencia era mayoritaria ni sabemos en qué hemos dejado de creer en momentos en que la relevancia de la religión ha ido disminuyendo.

En la presentación del libro insinué que, así como para Fraijó la existencia de Dios es problemática, hay dos cosas que tiene meridianamente claras: Uno: el papel del magisterio de la

1. M. Fraijó, *Dios, el mal y otros ensayos,* Trotta, Madrid, 2004.

* *Profesor de Filosofía Política. UNED. Madrid.*

Iglesia, sobre todo durante el anterior pontificado, es francamente mejorable ya que hemos padecido una época en donde no se ha hecho justicia a los grandes teólogos por los que Fraijó siente una inequívoca admiración. Algunos de ellos, como Hans Küng, sufrieron persecución por esa inquina vaticana y encontraron en Fraijó un valeroso defensor. Dos: Su gran admiración por la mejor teología alemana, admiración que aparece plasmada en el capítulo que dedica a Pannenberg en el último trabajo recogido en este volumen.

Los que llevamos años conviviendo con Fraijó en Madrid no podemos olvidar nunca las dos pasiones que han marcado su vida: una aparece al pasear por las calles de Córdoba y la otra al recordar sus años en Alemania. Las dos experiencias han marcado su existencia. El niño que de pequeño entra en el seminario de Córdoba y después ingresa en la Compañía de Jesús y los años pasados en Alemania marcan su personalidad al producir esa mezcla apasionante entre el niño de familia humilde que llega a ser el primero de la clase, y el estudioso que se lanza decidido a Alemania hasta hacerse con el arsenal conceptual de la gran teología. Para Fraijó la teología siempre ha sido ciencia, rigor, disciplina intelectual, conocimiento. Esta teología le ha dotado de un arsenal que ya nunca le abandonará en dos dimensiones: el conocimiento y la interpretación de los textos religiosos (de ahí la importancia que da al método histórico-exegético) y la discusión filosófica acerca de la plausibilidad racional de las convicciones religiosas.

Repárese que ese camino es distinto a otros esfuerzos intelectuales. En Fraijó no se aterriza desde la metafísica en los símbolos religiosos, sino que se asciende desde la vivencia directamente religiosa a la confrontación racional acerca de la viabilidad de las creencias (la metafísica está implícita en los dos momentos, pero raramente se explicita).

Desde tales parámetros no es nada extraño que Fraijó haya reivindicado un lugar para la discusión racional acerca de los fundamentos de la creencia religiosa. Ese lugar ha sido múltiple, pero, quizás ha encontrado su mayor resonancia en las reuniones anuales del "Foro sobre el hecho religioso", reuniones que desgraciadamente han terminado en la edición del pasado mes de septiembre. De una primera etapa donde el Foro se dedicaba a discutir acerca de problemas sociales, políticos y culturales, se pasó a una segunda donde se fue centrando en la discusión acerca de los problemas sustantivos de la religión: la muerte, Dios, el mal, la resurrección, las fronteras entre la creencia y la increencia. Muchas de estas ponencias fueron publicadas en los *Cuadernos de Fe y Secularidad* y en la revista *Iglesia Viva*. El lector los conoce sobradamente. Sí puede ser de interés saber que Fraijó inicia el libro que comentamos con un diálogo con Javier Muguerza. Muguerza es uno de los filósofos que más esfuerzo ha dedicado en los últimos años a reflexionar sobre estos temas y que aparece en el grupo de los denominados por Fraijó "increyentes confesos" que, al igual que Ignacio Sotelo y yo mismo, hemos frecuentado durante años estas reuniones.

Fraijó establece una serie de distinciones de gran interés acerca de las diferencias entre la increencia, el ateísmo y el agnosticismo. Donde, sin embargo, me parece que brilla el me-

jor Fraijó y donde creo se resume su pensamiento, es cuando afirma, frente a Muguerza, que no es pertinente reducir el cristianismo a ética. El cristianismo es un gran relato que tiene su propia lógica y ésta no se puede cambiar. Manolo Fraijó prefiere abandonar la casa antes de transformarla hasta hacerla irreconocible, por haber perdido su propia especificidad[2].

Me parece que esta tesis es la que permite conocer a fondo la posición de Fraijó. Según él no avanzaríamos si redujéramos el cristianismo a un mensaje humanista sin escatología. La escatología es imprescindible para entender la significación del mensaje cristiano pero esta centralidad que, por un lado, le da especificidad, por otro, le quita credibilidad a ojos del increyente.

Se puede discutir acerca de cómo interpretar el pasado y cómo hacer frente a los retos del presente. No es fácil ponerse de acuerdo al descifrar las raíces de la tensión histórica entre el cristianismo y la ilustración, entre el clericalismo y el laicismo, o acerca de la conveniencia del republicanismo para hacer frente a los retos del individualismo y del comunitarismo. Estas discusiones ocupan páginas y páginas en la filosofía política, pero obras como ésta nos recuerdan que ahí no acaba la discusión. Para teológos-filosófos como Fraijó la discusión acerca de la organización del Estado o en torno a la fundamentación de la moral no pueden agotar el debate sobre la religión, no pueden agotar una discusión donde, antes o después, aparecen las cuestiones últimas en torno al mal, al sentido, a la muerte, a la promesa de salvación. Por ello, un pensamiento como el de Fraijó está muy cerca y a la vez muy lejos del planteamiento de Muguerza. Está cerca en el esfuerzo de hacerse cargo de una ética que no renuncie a la utopía, que se responsabilice de las causas perdidas, que sepa situarse a contracorriente al no tener el éxito garantizado en el presente ni con visos de que las cosas cambien para mejor en el futuro, pero para un teólogo como Fraijó la auténtica causa perdida, la que remite al destino de las víctimas de la historia y al destino de los que sufren las consecuencias terribles de los procesos naturales, esa causa no tiene futuro sin la existencia de un Dios que redima al final la historia, y que dé una esperanza a los que ya han perdido toda esperanza[3].

2 Escribe Fraijó: "Y es que, Javier, las alteraciones que se pueden introducir en una religión milenaria son mínimas. Solicitar del cristianismo que renuncie a la omnipotencia de Dios es tanto como pedirle una refundación. Escribo esto experimentando las mismas dificultades que tú frente a un concepto tan desorbitado como el de omnipotencia. La filosofía no sabe qué hacer con él. Aceptarlo sería una especie de suicidio filosófico, pero, para el cristianismo, su negación equivaldría a una especie de sucidio teológico. Sin él no se entiende el libro de Job ni gran parte de los escritos bíblicos. Habría que volver a redactarlos bajo otra óptica; te aseguro que no bastaría con arrancarle algunas páginas a la Biblia ni con tachar pasajes aislados" (p.57). Y añade significativamente: "Se trataría de una operación de gran envergadura que los que un día contrajimos grandes obligaciones con la gran teología y sus maestros nunca realizaríamos. Preferimos, prefiero, abandonar el edificio en silencio, sin socavar sus cimientos, sin alterar su identidad, sin cambiar un distrito postal que viene siendo el mismo desde hace veinte siglos y que incontables generaciones de cristianos supieron y siguen sabiendo de memoria" (p.57).

3 Por citar un texto de los múltiples que se podrían reproducir para dar cuenta de las diferencias entre Fraijó y Muguerza podríamos remitirnos a la forma de entender el viernes santo y la resurrección, la cruz y la gloria: "Si se da por finalizada la aventura cristiana en la tarde del vier-

Pero –y aquí es donde está el problema: ¿cómo hacer compatible una esperanza tan grande para las víctimas con una realidad histórica tan alejada de esa promesa?; ¿cómo hacer compatible la realidad de un Dios salvador con la existencia del mal? Ése es el viejo tema que ha inspirado los mejores textos de Fraijó y que vuelve a aparecer en un texto posterior a este libro, un texto que ha escrito como homenaje a José Gómez Caffarena en su ochenta cumpleaños. El texto apareció en el diario *El País* el 5 de febrero del 2005 (fecha del cumpleaños de Caffarena) y es el resumen de un tema que ha perseguido a Fraijó y que él mismo ha ido persiguiendo a lo largo de estos años. El artículo aparece pocas semanas después de la publicación del comentario que Caffarena ha dedicado a este libro de Fraijó. Los dos escritos[4] ayudan a comprender este libro y a adentrarnos en una problemática que, no sé si con acierto, prefiero seguir denominando "metafísica". Metafísica, como diría Aranguren, como un conjunto abierto de preguntas. Entre esas preguntas está la que Fraijó considera ha centrado en gran medida los afanes intelectuales de Caffarena: el tema de la relación entre Dios y el mal. No pueden ser más significativas las primeras palabras del artículo: "Te pido disculpas por escribir hoy sobre el mal, un tema tan poco 'festivo'; pero lo hago porque, en algún sentido, siempre fue 'nuestro tema'. Desde hace muchos años se inclinan sobre él nuestra reflexión, nuestras palabras y nuestros silencios"[5].

Me parece de gran interés observar como maestro y discípulo (hoy ya son los dos grandes maestros) delimitan la posición del otro. En su artículo de homenaje, Manuel Fraijó recuerda un texto de Rahner donde éste afirma: "¡Existe Dios, Dios el amor! Su victoria ya se ha realizado y todos los torrentes de lágrimas, de sufrimiento que aún fluye por nuestra tierra han sido ya vencidos y están secos en su fuente". Tras la cita de Rahner, Fraijó

nes santo, como creo entender que haces tú, casi se abandona el barco antes de que se haga a la mar. No hay cristianismo sin Cristo, y no hay Cristo sin resurrección". A Fraijó le impresiona la fuerza con la que Muguerza escribe: "Los cánticos triunfales y las ensordecedoras campanas de la teología de la gloria apenas dejan oír el clamoroso silencio que la muerte de Dios ha esparcido a lo largo y lo ancho de ese mundo, silencio que espantaba al mismo Lutero como haría luego con Kierkegaard". Le responde Fraijó: "Tu, sobrio, increyente, filósofo moral con *pathos* protestante, optas por la teología de la cruz. Pero en este punto, no tengo más remedio que estar de acuerdo con Pannenberg: "No habría ningún motivo para una teología de la cruz si a la crucifixión no hubiese seguido la resurrección del Crucificado. Si a esto se le llama *theologia gloriae*, habría que decir que toda teología cristiana es *theologia gloriae*". Sería difícil expresarlo mejor" (p.63-54).

4 M Fraijó, "Dios y el enigma del mal", *El País* 5 de febrero de 2005 y la recensión de Caffarena que aparece en *Sal Terrae,* 92 (2004). pp. 873-875.

5 En el artículo de Fraijó aparece una argumentación que es muy frecuente en su obra. En primer lugar la experiencia abrumadora del mal (en este caso al dar cuenta del número incalculable de víctimas en el último maremoto). En segundo lugar constatar el silencio de Dios; y en tercero la respuesta cristiana en la que, a pesar del mal, al dolor de la cruz seguirá la gloria de la luz. Frente a esta descripción se dibujan dos actitudes: una la del creyente asertivo (la fe de Rahner y de Caffarena) y otra la del balbuceo de aquel que no es capaz de secundar a Rahner y Caffarena más que tenuemente: "como muestran estas líneas sólo muy tenuemente puedo acompañarte en esa fe"; un acompañamiento tenue, más cercano a pesar de todo a la creencia que a la increencia ya que, al igual que Caffarena, Fraijó no otorga carácter definitivo a los males que nos aquejan.

añade: "Me pregunto calladamente si no anula este párrafo todo lo que acabo de escribir. En realidad me gustaría que así fuese... En todo caso, lo mío es un balbuceo inseguro"[6].

Un balbuceo que, sin embargo, refleja, como observa con gran lucidez Caffarena, la personalidad de Fraijó. Dice Caffarena: "El creyente problemático que es Manuel Fraijó –un genuino creyente, a mi entender– no puede participar en el tono asertivo de otros. Ni en el *sí* de la fe segura de los 'testigos' ni en el *no* de un agnosticismo que se extendiera hasta dar por cerrada la causa y con ella la esperanza de las víctimas"[7].

Es muy pertinente esta caracterización de Caffarena porque ese creyente problemático es el que aparecía –si no recuerdo mal– en las palabras de Jose Antonio Marina aquella tarde en la presentación del libro. Para Marina el interés del libro era fundamentalmente psicológico, porque al reflejar problemas de hace años que vuelven a aparecer una y otra vez y no lograr avanzar, lo sustancial no era tanto del contenido como la personalidad de su autor. A su juicio, estábamos ante la presencia de un libro dramático que va rehaciendo una y otra vez su objeto; ante los problemas de un creyente problemático, de un teólogo atormentado, al que le ocurre como a muchas personas en la vida: que, ante determinados problemas, no saben decir adiós, no acaban nunca despedirse.

Así es en efecto. En Fraijó nunca se cierra el tema porque, al adentrarse en la condición humana y hacerse cargo de las preguntas límite, el discurso se vuelve inevitablemente unamuniano. Un discurso, como señala Caffarena: "...muy adecuado para adentrarse en el debate nunca resuelto entre el *si* y el *no* de la fe religiosa en Dios, de una fe que es esperanza de que Dios sea real"[8]. ¿Es esta fe hoy frecuente en España? ¿Tiene el lugar que merece en el debate público? Quizás no, pero, como bien dice Caffarena: "Son hoy muchos los creyentes que descubren en una fe así la única fe que les resulta posible"[9].

Sólo puedo añadir a las palabras de Caffarena que, por el bien de todos, sería deseable que una presentación de la fe como la que realiza Fraijó fuera más frecuente. Sólo un enfoque filosófico como el de Fraijó permite superar la reducción del cristianismo a ética y la reducción de la razón a ciencia positiva. Los problemas de la plausibilidad racional de la religión van más allá de estas dos reducciones y remiten al costado escatológico de la fe religiosa. Bien es cierto que Fraijó añade que si debemos admitir que no hay teodicea sin escatología, podemos también temer que tampoco la haya con ella.

Y, al llegar a esta conclusión, uno vuelve a la gran pregunta de si tenía razón Unamuno o acertaba Ortega[10]. Ortega señalaba que quizás la filo-

6 M.Fraijó, "Dios y el enigma del mal", *El País*, 5 de febrero del 2005.

7 J.Gómez Caffarena, *Sal Terrae*, vol. cit, p. 875

8 J. Gómez Caffarena*, ibid*, p. 875.

9 J. Gómez Caffarena, *ibid*, p. 875

10 El libro de Fraijó se inicia justamente con esta opción: "Se quejaba Ortega de que ninguna cultura ha enseñado al hombre a ser lo que constitutivamente es: mortal. Debo advertir al lector que el libro que tiene en sus manos tampoco es un manual práctico para

sofía no sea sino la ortopedia de una creencia fracturada. Con las palabras de Ortega me gustaría concluir: "Esta faena de denunciar presuntos principios no es sólo una de las ocupaciones del filósofo: es el alfa y omega de la filosofía misma. Ella le desempareja de los demás hombres que viven partiendo sin más de esas creencias operantes en sus arcanos penetrables; y hacen bien en no preocuparse de más. Tienen la suerte de creer, por lo menos de creer que creen... filósofo sólo puede ser quien no cree o cree que no cree, y por ello necesita absolutamente agenciarse algo así como una creencia. La filosofía es ortopedia de la creencia fracturada"[11].

Han pasado los años y frente a las palabras de Ortega sólo cabe decir que sigue habiendo creyentes como Caffarena y Fraijó que no renuncian a ser filósofos y tenemos que constatar que ya se han verificado los esfuerzos por articular una creencia alternativa cuando se pierde la primigenia. Al haber vivido los límites de estos esfuerzos de sustitución se puede entender mejor la fascinación del creyente por la increencia y la nostalgia del increyente por la creencia. Una fascinación y una nostalgia que han ido plasmando un debate del que este libro de Fraijó da buena cuenta[12]. Es un libro especialmente apto para todos aquellos, creyentes e increyentes, que se sientan concernidos por una problemática que no pueden abandonar, para todos aquellos que piensen y sientan que hay temas de los que uno nunca puede despedirse.

reconciliarse con la muerte. Las páginas que siguen están más cerca de Unamuno que de Ortega. Es decir: sin compartir la dramaticidad existencial de la protesta unamuniana frente a la muerte, se comprende su deseo de no morirse del todo, su voluntad de pactar con Dios más allá de la muerte. Un pacto cuyos principales beneficiarios deberían ser los que en esta vida carecieron de escenarios benévolos, los que sólo conocieron tierras de penumbra" (p. 11).

11 J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, T.VIII, p. 261 s.

12 No me resisto a reproducir este párrafo que creo resume a la perfección el pensamiento de Fraijó : "El destino de Dios es bien curioso. Los seres humanos nos relacionamos con él en dos tiempos. Primero le echamos en cara que haya tanto mal en el mundo; y, en un segundo momento, postulamos su existencia para que lo remedie. De esta forma el mal es, casi al mismo tiempo, la gran objeción contra Dios y la condición de posibilidad de su existencia. Parece imposible, a la vista de tanto sufrimiento, que exista Dios; y sería terrible, a la vista de tanto dolor, que no existiera Dios... Necesitamos a Dios para que repare, más allá de la muerte, los males que antes de ella no pudo o no quiso evitar. La escatología sería la encargada de enmendar los fallos de la protología" (p. 73).